

PRÓLOGO POR  
STEVEN CURTIS CHAPMAN  
Y MARY BETH CHAPMAN

*Citas con*  
**EL CIELO**

*La historia verídica de un  
doctor y sus encuentros  
con el más allá*

**DR. REGGIE ANDERSON**  
*con* JENNIFER SCHUCHMANN

Citas con el cielo





*Citas con*  
**EL CIELO**

*La historia verídica de un doctor  
y sus encuentros con el más allá*



**REGGIE ANDERSON**  
*con* JENNIFER SCHUCHMANN



*Tyndale House Publishers, Inc.  
Carol Stream, Illinois EE. UU.*

---

Las historias de este libro son de pacientes verdaderos. Para proteger la privacidad de los pacientes, los nombres y algunos detalles identificables de los pacientes y de sus condiciones médicas han sido cambiados. Los hechos se presentan lo más cerca posible de lo que realmente sucedió.

---

Visite Tyndale en Internet: [www.tyndaleespanol.com](http://www.tyndaleespanol.com) y [www.BibliaNTV.com](http://www.BibliaNTV.com).

Visite [www.citasconelcielo.com](http://www.citasconelcielo.com).

*TYNDALE* y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

*Citas con el cielo: La historia verídica de un doctor y sus encuentros con el más allá*

© 2014 por Reggie Anderson. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2013 como *Appointments with Heaven: The True Story of a Country Doctor's Healing Encounters with the Hereafter* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-8045-2.

Fotografía de la portada © por peter zelei/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © 2012 por Hatcher & Fell Photography. Todos los derechos reservados.

Diseño: Dean H. Renninger

Traducción al español: Raquel Monsalve

Edición del español: Mafalda E. Novella

Publicado en asociación con la agencia literaria de Creative Trust, Inc., 5141 Virginia Way, Suite 320, Brentwood, TN 37027.

El texto bíblico ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

---

#### Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Anderson, Reggie.

[Appointments with heaven. Spanish]

Citas con el cielo : la historia verídica de un doctor y sus encuentros con el más allá / Reggie Anderson, con Jennifer Schuchmann.

pages cm

ISBN 978-1-4143-9162-5 (sc)

1. Medicine—Religious aspects—Christianity—Anecdotes. 2. Healing—Religious aspects—Christianity—Anecdotes. 3. Future life—Christianity—Anecdotes. 4. Heaven—Christianity—Anecdotes. 5. Physicians—United States—Biography. 6. Anderson, Reggie. I. Schuchmann, Jennifer, 1966- II. Title.

BT732.A5318 2014

236'.2—dc23

2014008890

---

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

20 19 18 17 16 15 14

7 6 5 4 3 2 1

# Contenido

*Prefacio por Mary Beth y Steven Curtis Chapman ix*

## **PARTE 1: SI HAY UN DIOS, ¿DÓNDE ESTABA? 1**

1. El paciente 3
2. El primer sueño 7
3. El día que murió Papá Noel 17
4. Una persona del campo 27
5. Parientes y sandías 37
6. Los demonios fueron a Georgia 45
7. Ídolos académicos 57
8. La Dama del Laboratorio 67
9. Una bella rubia de otro estado 77
10. El sueño que me cambió la vida 89
11. Convencer a Karen 101
12. Regalos pasados, presentes y futuros 111

## **PARTE 2: ¿PODRÍAN ESTOS SER VISTAZOS DEL CIELO? 117**

13. Partidas 119
14. Nacido a un mundo nuevo 131
15. La provisión de Dios 143
16. La puñalada en la oscuridad 153
17. Confirmaciones de la mudanza 165
18. El toque sanador 177
19. El corazón de vidrio en Ashland City 189
20. La reina Elizabeth 199
21. El olor del bien y el del mal 211
22. Lauren 221
23. La hora de los ángeles 231

- 24. Unidos para toda la vida 243
- 25. ¿Irnos de Ashland City? 255

**PARTE 3: ¿CREO LO QUE HE VISTO? 267**

- 26. Cuando el velo es rasgado 269
- 27. Cuando el velo es levantado 283
- 28. ¿Por qué permitiría Dios que sucediera esto? 293
- 29. Una clase diferente de pena en observación 305
- 30. Propósito en el dolor 317
- 31. El sueño de la vida 329
- 32. *A presto!* Expresión italiana para decir: «¡Hasta pronto!» 343

*Epílogo 353*

*Una nota final de Reggie 357*

*Reconocimientos 361*

*Acerca de los autores 365*

## *Prefacio*



Conocemos a Reggie Anderson desde hace más de veinte años. Las familias Anderson y Chapman han compartido muchos altibajos, lo que ha creado una unión que muy pocas familias llegan a conocer.

Nuestros hijos crecieron juntos, fueron a la misma escuela, jugaron en los mismos equipos deportivos y compartieron mucho de su vida. Tanto así que en el 2009, nuestro hijo Caleb y Julia, la hija de ellos, se casaron, continuando así nuestra trayectoria. ¡Bueno, lo que falta es que ahora esos hijos nos sorprendan con un nieto o nieta!

Hemos experimentado juntos mucha risa, lágrimas, tiempos buenos y tiempos difíciles. En un hermoso día de sol, en la primavera del 2008, nuestra hija menor hizo su viaje a su hogar en el cielo, como resultado de un accidente en nuestra casa. Ese fue en verdad el día en que el mundo perdió sentido y nuestra vida se desmoronó. La vida, tal como la habíamos conocido, cambió para siempre. Dos de las primeras llamadas telefónicas que hicimos fueron a Karen y a Reggie Anderson. Ellos llegaron al hospital de inmediato, y han estado a nuestro lado en este increíblemente difícil camino desde entonces. Nos abrazaron, nos dieron hospedaje, y nos dieron su amor y compasión incondicionales una y otra vez en los primeros días, y en las semanas y meses siguientes. Fueron las manos y los pies de Cristo mientras nosotros comenzábamos a adaptarnos a nuestra nueva vida.

En los meses que siguieron a la pérdida de Maria, comenzamos



el proceso de duelo, de sanación y de aceptar lo que había sucedido. Durante ese tiempo nos dimos cuenta de que Reggie escribía mucho en lo que supusimos que sería su diario personal. En cierto momento descubrimos que lo que él estaba comenzando a escribir eran historias de las pérdidas que había sufrido tanto en su vida personal como en su vida profesional de doctor en medicina. La muerte de Maria le había despertado el impulso de escribir su propia historia.

A medida que iba pasando el tiempo, nos dimos cuenta de que esos recuerdos estaban ayudando a Reggie a recibir sanidad y a reconciliar las partes difíciles de su vida. Él comenzó a identificar esas historias como citas divinas, y cuanto más escribía, más cuenta se daba de que Dios había estado creando un panorama mucho más grande del que él se había imaginado. Reggie también se dio cuenta de que él nunca había estado solo y que el Dios del universo había estado orquestando en su vida una elaborada historia de redención y de propósito, que ahora ha culminado en este profundo y brillante libro.

Dios le habla con claridad a Reggie en la forma de sucesos milagrosos. Reggie reconoce esos milagros por lo que son: obras divinas y deliberadas que Dios hace para que Reggie sepa que Dios lo ama y lo cuida. Este doctor, que es un hombre del campo, en el estado de Tennessee, ha sido bendecido con un don extraordinario. A medida que Reggie usa este don, él quiere ser fiel y decirles a otras personas las sorprendentes cosas que Dios hace para que lo podamos VER verdaderamente.

En *Citas con el cielo*, Reggie ha tejido un tapiz bellissimo, entrelazando sus propias experiencias con las historias de otras personas que ha conocido, ya sea a través de su familia, sus amigos o su práctica como médico. De manera conmovedora, Reggie comunica su transformación de un jovencito miedoso que sufría y huía de Dios, a un doctor sorprendentemente intuitivo quien ahora corre hacia Dios en tiempos de incertidumbre y de tragedia. Desde su encuentro con Cristo en un viaje de campamento, hasta conocer a

Karen, su esposa, Reggie en verdad escucha la voz de Dios de formas verdaderamente extraordinarias.

Reggie le ofrece a usted, el lector, un tesoro precioso. En primer lugar, su historia revela algo que usted y yo necesitamos escuchar, conocer y experimentar en el corazón... la verdad de que ¡Dios nos persigue de formas extremas y magníficas! En segundo lugar, provee un vistazo de los propósitos eternos de Dios. Las citas de Reggie con el cielo, entretejidas en historias verdaderas, revelan que Dios tiene un plan para cada uno de nosotros —un plan que incluye dolor, sorpresas y gozo—, y que hay una razón para todo lo que existe bajo el sol, si nosotros elegimos VER dicho plan.

Y ahora, usted, el lector, puede disfrutar de este libro por lo que es... una cita con el cielo que lo hará sonreír y llorar a medida que usted se sumerge en él.

Eligiendo VER a Dios en todo lo que sucede en la vida,  
*Mary Beth y Steven Curtis Chapman*

P.D. Como apéndice a este prefacio, yo (Mary Beth) quisiera recordarle al lector que detrás de todo hombre extraordinario hay una mujer aún más extraordinaria... (ja, ja). Sin embargo, en el caso del doctor Reggie Anderson, es cierto. Karen es una mujer que demuestra en su vida el fruto del Espíritu. Yo la he visto ayudar a su esposo, hijos y amigos de forma maravillosa y con toda generosidad. Ella me ha enseñado a buscar y a perseguir la paz, y está llena de sabiduría. Sin Karen, Reggie no podría ser la persona que es, y todos los que los conocen saben que esto es verdad. Yo estoy en deuda con ella por el aliento que me ha dado a mí y que les ha dado a mis hijos... Te amo, querida amiga.





*Parte 1:*

# SI HAY UN DIOS, ¿DÓNDE ESTABA?



*Capítulo 1*  
EL PACIENTE



SEPTIEMBRE DEL 2011  
ASHLAND CITY HOSPITAL, ASHLAND CITY, TENNESSEE

Él era un orgulloso hombre de Alabama, de ochenta y dos años de edad, que yacía en una camilla en la unidad de cuidados intensivos, y aunque yo no sabía cuándo moriría, sí sabía la causa de su muerte.

Por más de un año, este hombre había estado luchando con el síndrome mielodisplásico, una enfermedad en la cual la médula ósea deja de producir los glóbulos que se necesitan para luchar contra las infecciones. Su sistema inmunológico estaba deteriorado y había desarrollado una infección de estafilococos que era casi imposible de tratar. Su cuerpo se había vuelto séptico, y la inflamación estaba devastando sus órganos. Sabía que el hombre tenía los días contados, pero no podía soportar el pensamiento de que se fuera a morir.

Yo lo conocía de toda la vida. Era maestro y granjero, un hombre inteligente y determinado, orgulloso y obstinado. También era un hombre de mucha fe y no veía razón alguna para prolongar su vida en la tierra más allá del propósito que Dios tenía para él. Al igual que muchos de mis pacientes ancianos, él creía tener una cita con el cielo, y que Jesús lo estaba esperando al otro lado.

Como doctor, he visto lo que les sucede a los pacientes cuyos seres queridos no quieren dejarlos ir. Esas personas se aferran con desesperación al miembro de su familia y exigen que los médicos

empleen medidas extraordinarias para mantener a la persona aquí, cuando, en realidad, el creyente moribundo solo quiere pasar tranquilamente al otro mundo. A veces los doctores pueden posponer por semanas o por meses la muerte de un paciente, pero a menudo eso involucra tomar medidas drásticas para mantener a la persona viva, conectada a máquinas y a tubos de alimentación. La calidad de vida del paciente no es lo que consideran los familiares cuando toman la decisión al principio y raramente es lo que el paciente desea.

Para el momento en que Dios lo llamara a su hogar, el hombre estaba listo.

Yo no quería mantener a este paciente vivo por medio de máquinas y tampoco lo deseaba él. No obstante, yo tenía buenas razones para alargarle la vida. Él tenía una familia unida, con muchos parientes, algunos de los cuales no vivían en la ciudad y esperarían tener la oportunidad de despedirse. Con intervención médica intensa, yo podría posponer su muerte el tiempo suficiente como para darles a esas personas la oportunidad de verlo una última vez. Su familia no estaba lista para dejarlo partir y yo me compenetré con eso totalmente. Yo tampoco estaba listo para que él se fuera.

Pensé en otras muertes que había presenciado, incluyendo una experiencia inolvidable que sucedió cuando era médico residente.



Mientras estaba en la facultad de medicina, yo había cuidado a pacientes en lechos de muerte, pero esa fue la primera vez que yo, como el médico residente supervisor, estaría a cargo cuando muriera un paciente. No sabía qué esperar.

«Dr. Anderson —comenzó a hablar la anciana, cuya voz comenzaba a fallar—, por favor, ¿podría sostener mi mano? Voy a ir a ver a Jesús y necesito alguien que me escolte».

Aquella noche, tuve la experiencia de presenciar cuando se parte el velo, es decir, el velo que separa esta vida de la siguiente. Mientras sostenía entre mis manos las manos de la mujer que moría, sentí el

calor que produjo su alma al pasar cerca de mi mejilla cuando dejó su cuerpo, arrastrada por una brisa inexplicablemente refrescante, en un cuarto de aire pesado. Percibí la conocida fragancia de lilas y de frutas cítricas, y supe que el velo se había separado para permitir que su alma pasara a través de él.

Desde aquella primera paciente, yo he caminado con muchísimos otros pacientes hasta la puerta del cielo y los he visto entrar al paraíso. En muchas ocasiones, mientras sostenía la mano de los moribundos, Dios me permitió un vistazo a la entrada del cielo, mientras observaba a cada paciente deslizarse al otro mundo.

He sentido que Jesús está en el otro lado, de pie en el vestíbulo del cielo, dándoles la bienvenida a los muertos que son renovados otra vez. He vislumbrado colores y vistas que son casi inexplicables y he escuchado sonidos más intensos que ninguna otra cosa que haya experimentado en este mundo en el que vivimos. He aspirado el aroma de las lilas, aromas cítricos, madera de cedro recién cortada y pan horneado, con más fragancia de la que pensé que fuera posible.

A veces he sido testigo de pacientes que dejan este mundo y que regresan. Cuando ellos comparten sus historias conmigo, a menudo he recordado aquella vez, cuando era joven y cuando Dios me permitió entrar al vestíbulo del cielo, aunque yo ya no creía que él fuera real.

Lo que estas experiencias tienen en común es la intensidad de lo que se ve, de los sonidos, las fragancias y los sentimientos que experimenté. El cielo es más real que cualquier cosa que experimentamos aquí, y el sentimiento de paz, gozo y amor sobrecogedor va más allá de cualquier descripción.



Recuerdos de otros pacientes moribundos, así como de mis vistazos personales al cielo, me pasaron por la mente mientras estaba sentado al lado de mi paciente aquel día en la unidad de cuidados intensivos. Yo tenía la confianza total de que lo que le esperaba iba a ser mucho más gozoso que cualquier otra cosa que él hubiera experimentado.



Sin embargo, por egoísmo, no estaba listo para verlo desaparecer a través de la puerta. Como su médico de cabecera, la familia esperaba que yo los guiara. Yo podía recomendar que le hicieran una transfusión de sangre que le prolongara la vida por unos cuantos días más; con varias transfusiones, yo podría extender su vida por una semana o más.

O podía dejarlo ir.

De cualquier forma, sabía que su familia me escucharía y haría lo que yo sugiriera.

Tenía que tomar una decisión difícil, y mis decisiones médicas estaban complicadas por lo que mis pacientes y yo habíamos experimentado al otro lado del velo. No obstante, mi lucha era aún mayor debido a quién era yo.

Yo no era solo el médico del paciente... también era su hijo.

## *Una nota final de Reggie*



He llegado a ver la muerte no como un fin, sino como el principio de la vida en nuestro hogar eterno, donde nos vamos a reunir con muchos de nuestros seres queridos. Especialmente dulce será cuando veamos cara a cara a Aquel que nos amó y que vino para buscarnos... a Jesús.

Aunque Dios me ha permitido atisbar algunas veces más allá del velo que separa este mundo del siguiente, mis mayores vistazos del cielo vienen de una fuente que está disponible tanto para usted como para mí: la Biblia.

Si anhela saber más acerca del cielo, lo aliento a que lea la Biblia. En primer lugar quiero dirigirlo al Evangelio de Juan, el libro que Dios usó cuando comenzó a revelarme su verdad.

Pues Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. (JUAN 3:16)

Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá aun después de haber muerto. Todo el que vive en mí y cree en mí jamás morirá. ¿Lo crees, Marta?». (JUAN 11:25-26)

Cuando regresé a Birmingham después de mi viaje de campamento el 4 de julio, comencé a aprender de memoria, con Karen,

la Epístola a los Filipenses. Mientras estudiaba ese libro, las palabras sanadoras del apóstol Pablo pulsaron una sólida cuerda de gracia en mi interior. Eran justo lo que yo necesitaba.

Para mí, vivir significa vivir para Cristo y morir es aún mejor. Pero si vivo, puedo realizar más labor fructífera para Cristo. Así que realmente no sé qué es mejor. Estoy dividido entre dos deseos: quisiera partir y estar con Cristo, lo cual sería mucho mejor para mí; pero por el bien de ustedes, es mejor que siga viviendo. (FILIPENSES 1:21-24)

Nosotros somos ciudadanos del cielo, donde vive el Señor Jesucristo; y esperamos con mucho anhelo que él regrese como nuestro Salvador. (FILIPENSES 3:20)

Cuanto más leía las Escrituras, más quería conocer al Dios que estaba vivo y que me había encontrado cuando yo no lo estaba buscando. Él se me dio a conocer a su tiempo y a su manera, puesto que yo no había hecho nada para merecer la vida renovada que él me había dado.

Comencé mi primer estudio formal de la Biblia en la Epístola a los Romanos. Era un regalo estudiar, como alguien nuevo en la fe, un libro que es una piedra angular del Nuevo Testamento.

Lo que ahora sufrimos no es nada comparado con la gloria que él nos revelará más adelante. (ROMANOS 8:18)

Estoy convencido de que nada podrá jamás separarnos del amor de Dios. Ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni demonios, ni nuestros temores de hoy ni nuestras preocupaciones de mañana. Ni siquiera los poderes del infierno pueden separarnos del amor de Dios. Ningún poder en las alturas ni en las profundidades, de hecho, nada en toda la creación podrá jamás separarnos del amor de Dios, que está revelado en Cristo Jesús nuestro Señor. (ROMANOS 8:38-39)

Creo que nuestro deber es compartir nuestras historias para alentar a otras personas y señalarles el camino a nuestro Señor. Todavía estoy asombrado de que Dios me haya dado la oportunidad de contar mi historia, pero estoy muy agradecido de que lo haya hecho.

A medida que piensa en las formas en que Dios ha estado obrando en su vida, quiero llevarlo a otros pasajes de la Biblia que espero que lo llenen de anticipación conforme piensa en nuestro hogar celestial.

Jesús respondió: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso». (LUCAS 23:43)

Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijó la mirada en el cielo, y vio la gloria de Dios y vio a Jesús de pie en el lugar de honor, a la derecha de Dios. Y les dijo: «¡Miren, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie en el lugar de honor, a la derecha de Dios!».

Entonces ellos se taparon los oídos con las manos y empezaron a gritar. Se lanzaron sobre él, lo arrastraron fuera de la ciudad y comenzaron a apedrearlo. Sus acusadores se quitaron las túnicas y las pusieron a los pies de un joven que se llamaba Saulo.

Mientras lo apedreaban, Esteban oró: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». (HECHOS 7:55-59)

Sí, estamos plenamente confiados, y preferiríamos estar fuera de este cuerpo terrenal porque entonces estaríamos en el hogar celestial con el Señor. (2 CORINTIOS 5:8)

Nos levantó de los muertos junto con Cristo y nos sentó con él en los lugares celestiales, porque estamos unidos a Cristo Jesús. (EFESIOS 2:6)

Finalmente, quiero dejarlos con el pasaje que tal vez refleja mejor la gracia de Dios en mi vida:

Cuando alguien se vuelve al Señor, el velo es quitado. Pues el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Así que, todos nosotros, a quienes nos ha sido quitado el velo, podemos ver y reflejar la gloria del Señor. El Señor, quien es el Espíritu, nos hace más y más parecidos a él a medida que somos transformados a su gloriosa imagen. (2 CORINTIOS 3:16-18)

La libertad y la paz también están disponibles para usted, si acepta lo que dicen las Escrituras. Lea la Biblia con atención, escuchando lo que le dice el Espíritu de Dios y pidiéndole que le revele las muchas formas en las cuales él trabaja en la vida de las personas que están alrededor de usted. Entonces escuchará, verá y experimentará que nuestro Señor y Salvador Jesucristo es real, tanto aquí en la tierra como en nuestro hogar eterno en el cielo.